



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: 1847 en la conciencia hispanoamericana

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1997). 1847 en la conciencia hispanoamericana. *Cuadernos Americanos*, 5(65), 26-45.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XI, Núm. 65, (septiembre-octubre de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## 1847 EN LA CONCIENCIA HISPANOAMERICANA

Por *Leopoldo ZEA*  
PUDEL, UNIVERSIDAD  
NACIONAL AUTÓNOMA  
DE MÉXICO

### *Profecía sobre Norteamérica*

QUIZA NO SE ENCUENTRE en toda la historia universal el ejemplo de cómo un pueblo puede persistir en la conciencia de otro como los Estados Unidos de Norteamérica en la conciencia hispanoamericana. Mucho tiempo antes de alcanzar su emancipación política, y a través de toda su historia independiente, Hispanoamérica se ha encontrado siempre con Norteamérica: unas veces, como el máximo de los modelos, otras, como la máxima decepción. Norteamérica ha sido para Hispanoamérica, entre otras cosas, la fuente de todos sus sentimientos de inferioridad. Posiblemente tampoco encontraremos ejemplos como el de Hispanoamérica, con la conciencia incisa, dividida: por un lado la realidad, aquello que se es por destino histórico; y por el otro lo que se quiere ser por libre decisión. Dentro de aquella realidad histórica surge siempre España; dentro del ideal, lo que se quiere ser, surge Norteamérica. En la conciencia hispanoamericana se desencadena una gran lucha, mediante la cual Hispanoamérica trata de arrancarse ese pasado que considera nefasto y la fuente de todas sus incapacidades, al mismo tiempo que aspira a ser en el Sur algo semejante a lo que los Estados Unidos son en el Norte. Una breve reseña de esta incisión en la conciencia hispanoamericana será la que aquí se exponga.

En un *Memorial* apócrifo, atribuido al Conde de Aranda para calumniarlo ante el rey de España, se decía que mediante un cambio en la política de la Metrópoli frente a las Colonias se podría salvar al Imperio Español. En este memorial apócrifo se preveía ya que esa Nación, los Estados Unidos, a la cual España y Francia habían ayudado para alcanzar su independencia, sería en el futuro un ejemplo

que estimularía a las colonias hispanoamericanas en sus aspiraciones de renovación política, social y económica. De aquí que fuese menester que España viese en sus colonias a hijas y no hijastras. Sólo la comunidad de destinos, la comunidad de fines semejantes, salvaría la unidad del Imperio Español. Éste permanecería mientras sus intereses fuesen los intereses de las colonias. Las trece colonias liberadas por Washington en Norteamérica mostrarían bien pronto cómo la comunidad de intereses hace la grandeza de los pueblos: “Esta República —se profetizaba sobre los Estados Unidos— ha nacido, por así decirlo, pigmea, y ha necesitado del auxilio y apoyo nada menos que de dos Estados tan poderosos como Francia y España para conquistar su independencia; pero vendrá un día en que ella será gigante, un verdadero coloso temible en aquellas comarcas, y entonces, olvidando los beneficios que ha recibido sólo pensará en su propio interés y crecimiento”. Y se agregaba, hablando del nuevo espíritu político que animaba a esta Nación y que pronto atraería a otros pueblos, el liberalismo: “La libertad de conciencia, la abundancia de tierras fértiles en las cuales pueda establecerse y desarrollarse una gran población, así como las ventajas que ofrece el Gobierno recientemente establecido, llevarán a ese país artesanos y agricultores de todas las naciones”.

Pero España no sabrá escuchar esta advertencia, que no sería sino un instrumento para denigrar a un noble; sus ojos carecerán del don de la profecía y no sabrán mirar más allá de los limitados intereses de la Metrópoli. Hispanoamérica seguirá siendo una hijastra, o algo peor, una hija natural, el fruto de una aventura. Los “ilustrados” señores de la España del siglo XVIII seguirán siendo tan déspotas como los de la España de Felipe II. Frente a los súbditos hispanoamericanos no cabía otra actitud que la hecha saber por el virrey de la Nueva España, don Carlos Francisco de Croix, Marqués de Croix, a los habitantes de la Nueva España. En nombre del Rey, Carlos III, en bando expedido el año de 1767, se dice: “De una vez para lo venidero deben saber los súbditos del gran Monarca que ocupa el trono de España, que nacieron para callar y obedecer y no para discurrir, ni opinar en los altos asuntos del Gobierno”. Tal es la España que habrá de quedar en la conciencia de los hispanoamericanos; frente a ella estará la Nación que hablaba de la libertad de conciencia y del *Gobierno del Pueblo y para el Pueblo*. Afanosamente tratarán de liberarse de la primera y de ser semejantes a la segunda. La lucha será más trágica y desesperada en la medida en que Hispanoamérica sienta a esa España hondamente arraigada. Los hispanoamericanos la sentirán en todos sus

actos, gestos y actitudes, y con ellos, en todas sus desgracias. Liberados de ella políticamente, saben que esto no es suficiente, que es menester arrancársela de las entrañas. A la emancipación política debe seguir otra emancipación que llamarán *emancipación mental*. Y al lado de lo que se era, y se quería dejar de ser, el modelo de lo que se quería ser: los Estados Unidos de Norteamérica.

En 1822, don Diego Portales, ese extraño dictador que logró imponer, por la letra, el orden español, pero ‘sin España’, en la entonces recién emancipada República de Chile, decía, en forma igualmente profética, en una carta a su amigo José M. Cea: ‘Mi querido Cea: los periódicos traen agradables noticias para la marcha de la revolución de toda América. Parece algo confirmado que los Estados Unidos reconocen la independencia americana. Aunque no he hablado con nadie sobre este particular, voy a darle mi opinión. El Presidente de la Federación de Norteamérica, Mr. Monroe, ha dicho: ‘se reconoce que la América es para éstos’. ¡Cuidado con salir de una abominación para caer en otra! Hay que desconfiar de esos señores que muy bien aprueban la obra de nuestros campeones de liberación sin habernos ayudado en nada: he aquí la causa de mi temor. ¿Por qué ese afán de Estados Unidos en acreditar ministros, delegados y en reconocer la independencia de América, sin molestarse ellos en nada? ¡Vaya un sistema curioso, mi amigo! Yo creo que todo esto obedece a un plan combinado de antemano; y ése sería así: hacer la conquista de América, no por las armas, sino por la *influencia* en toda esfera. Esto sucederá, tal vez hoy no; pero mañana sí. No conviene dejarse halagar por estos dulces que los niños suelen comer con gusto, sin cuidarse de su envenenamiento’.

¿A qué dulces se refería Portales? A la democracia, al liberalismo, a la libertad de conciencia, en fin, a todos los ideales que muchos hispanoamericanos veían encarnados en Norteamérica y aspiraban a realizar en Hispanoamérica. Para ellos no estaban hechos los hispanoamericanos, esto es, *educados*. ‘La *Democracia* —decía Portales en la misma carta—, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los hispanoamericanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera *República*’. Pero tampoco se declara Portales por una monarquía, ésta no es tampoco el ideal para un gobierno hispanoamericano. ‘La *República* —agrega— es el sistema que hay que adoptar; ¿pero sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean

verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado venga el Gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso y todo hombre de mediano criterio pensará igual'.

En otras palabras, lo que Portales proponía era una dictadura para alcanzar la democracia; el despotismo, para alcanzar la libertad. Ya, desde esta época, se ha hecho patente el dualismo trágico y contradictorio que animará toda la historia de nuestros países. Un dualismo que sólo se ha planteado a los hispanoamericanos; nuestros liberales no lo encuentran en el país que les sirve de modelo, en los Estados Unidos. Desesperados volverán los ojos hacia sí mismos y encontrarán en sus entrañas la causa: España, siempre España. ¡Ah, si no fueran españoles, hijos de españoles, no tendrían que educarse para la libertad! ¡Si fuesen de la misma raza que ha poblado el Norte, habrían nacido con la libertad! En la conciencia hispanoamericana va creciendo el modelo, en la medida en que también se va acrecentando un sentimiento de inferioridad y fatalismo. La derrota de México en 1847 no hará sino estimular este sentimiento y el afán por ser, cada vez más, semejantes al país vencedor. La recriminación no lo fue tanto contra el agresor como contra la raza a la cual pertenecían los vencidos. La guerra de 47 no la perdió México, sino toda Hispanoamérica. Esta guerra estaba ya perdida el día en que toda Hispanoamérica, lograda su independencia política, se dividió y subdividió. Faltaba el interés común que había unido a las colonias norteamericanas; no tenían más unidad que la de la fuerza despótica de la metrópoli española. Rota ésta, no hubo ya más unidad que la que pudo establecer la fuerza, igualmente despótica, de los caudillos hispanoamericanos. La conciencia de esta división y sus causas darían también la victoria moral a quienes nos habían agredido por razones que de ninguna manera podrían justificarse con los ideales que Hispanoamérica admiraba en Norteamérica.

### *Hispanoamérica después de su Independencia*

EN 1847, el año del desastre mexicano, la unidad, que por cerca de tres siglos había mantenido España en sus colonias de América, se había esfumado. Centroamérica, separada ya de México, se iba subdividiendo en pequeñas repúblicas. El ideal de Simón Bolívar, la unidad de la América Hispana, no había pasado de ser un sueño.

En 1830 se separaban, Venezuela por un lado y Ecuador por el otro, de la Gran Colombia fundada por Bolívar. El mismo Libertador dividía al Perú al permitir, en 1825, que el Alto Perú se declarase república independiente: la República de Bolivia. Por su lado, la República de Chile guardaba celosamente su independencia, no permitiendo, inclusive, se formasen alianzas que pudieran ser para ella una amenaza. En nombre de esta seguridad declaraba la guerra y vencía en 1839 a la Confederación Peruano-Boliviana organizada por el general boliviano Santa Cruz. En cuanto al llamado, durante la Colonia, Virreinato del Río de la Plata, de su seno habrán de salir tres repúblicas: la República del Paraguay, la República del Uruguay y la República Argentina. Inútilmente tratará esta última de establecer su autoridad sobre las otras dos: en el Paraguay el dictador don José Gaspar Rodríguez de Francia logra mantener a esta república en completo aislamiento; y en el Uruguay el caudillo José Gervasio de Artigas inicia la lucha por la autonomía de este país respecto de la Argentina.

A esta división de Hispanoamérica en numerosas repúblicas se unía otra división: la interna. Ésta era, en realidad, la raíz de la primera. Los hispanoamericanos se habían dividido en numerosas facciones en lucha perpetua los unos contra los otros. Las banderas enarboladas eran diversas; pero el fin último de todas estas guerras intestinas era siempre el mismo: el poder, el poder por el poder. Lograda la emancipación política de España el problema que se planteó fue el de ¿quién substituiría a España en el poder? Federalistas contra centralistas, federalistas contra unitarios, pipiols contra pelucones, tales eran los nombres que solían tomar las facciones en lucha. Pero detrás de estos nombres se encontraban siempre los llamados intereses de *cuerpo*. Los intereses del clero, los intereses de la milicia, los intereses de los caudillos; pero nunca los intereses del pueblo. Cada uno de estos grupos buscando la mayor concentración de poder y, si en sus manos hubiera estado, la misma concentración que tuvo la Corona española. A la anarquía que siguió a la Independencia sucedió el establecimiento de dictaduras locales o nacionales. Por lo general las dictaduras de los caudillos nacionales se apoyaron en las dictaduras de los caudillos locales. El desconocimiento de los intereses de estos caudillos provocaba siempre nuevas revueltas y la eliminación del dictador nacional.

En 1847 el panorama político de Hispanoamérica era, más o menos, el siguiente: en Guatemala el general Rafael Carrera se ve obligado a renunciar por una asonada militar; le sucede Juan An-

tonio Martínez, el cual pronto tendrá que enfrentarse a otras asonadas. Nicaragua ha quedado exhausta en la guerra, provocada por cuestiones de política interna, contra Honduras y El Salvador. En Honduras ha asumido el poder, por elección, Juan Lindo, quien protesta contra los Estados Unidos por el atropello hecho a México, y también se ve obligado a sofocar revoluciones. En Colombia, después de una serie de revueltas, gobierna Tomás Cipriano Mosquera, quien, con un espíritu liberal, impulsa la cultura de su país. En Venezuela gobierna, como hombre fuerte, el caudillo José Antonio Páez, quien en 1830 desconoció la autoridad de Bolívar. En Ecuador, una serie de cuartelazos y revoluciones quitan y ponen presidentes. En el Perú, después de una larga anarquía, gobierna con mano fuerte y un alto espíritu de progreso el general Ramón Castilla. En Bolivia, después, también, de una situación anárquica, el general Belzú es proclamado presidente de la República por el ejército, erigiéndose en dictador desde 1839 hasta 1851 en que convoca a elecciones libres; se distingue también por su carácter liberal. En la República de Chile el general Manuel Bulnes, vencedor de la Confederación Peruano-Boliviana, gobierna por segunda vez de acuerdo con la Constitución establecida por don Diego Portales en 1835, la cual concedía al presidente de la República las máximas facultades. Tal como lo había pensado Portales: un poder semejante al español, pero sin España. Contra la dictadura constitucional, que no contra dictadura personal alguna, se alzarán en Chile uno de los más brillantes grupos en la historia de las instituciones hispanoamericanas; dentro de este grupo se destacan, entre otros, Francisco Bilbao y José Victorino Lastarria. En el Paraguay, muerto el dictador Francia, asume la dictadura desde 1840 a 1862 Carlos Antonio López. En cuanto a la Argentina, sufre una de las dictaduras más famosas en la historia de Hispanoamérica, la de Juan Manuel de Rosas. Y Montevideo, la que habrá de ser capital del Uruguay, sufre el asedio de las tropas del dictador argentino.

Tal era el panorama de Hispanoamérica hace ciento cincuenta años. Anarquía o dictadura; dictadura o anarquía. Dictadores u hombres fuertes. Dictadura constitucional, como en Chile; o dictadura personal como en la Argentina y otros pueblos. Dictaduras conservadoras o dictaduras liberales. Dictaduras para mantener el orden a la manera española o dictaduras para la libertad. Pero siempre dictaduras, al parecer el único remedio contra la anarquía. El liberal chileno Francisco Bilbao decía, hablando de los partidos, de todos los partidos, en Hispanoamérica: "Los pelucones, los conservadores, los rojos, los liberales, los demócratas, los unitarios, los



federales, todos han acariciado la dictadura. Con la mejor intención, se dicen los partidos: la dictadura para hacer el bien... Es decir, el despotismo para afianzar la libertad. ¡Terrible y lógica contradicción!... la dictadura para fundar la libertad... Los partidos civilizados piden la dictadura provisoria para asegurar su victoria contra otro partido... Sube al poder el partido conservador, ¿cómo conservar sin dictadura?... Sube el partido liberal, ¿cómo reformar sin dictadura?... Si es conservador el partido federal, entonces el unitario lo ataca en nombre de las reformas. Y uno y otro apelan a la dictadura para defenderse y sostenerse''. El pesimismo de Bilbao le conduce a decir: "Hemos nacido bajo dictaduras, nos educamos viéndolas y nos entierran las dictaduras". Y el argentino Domingo Faustino Sarmiento decía: "Veinte años nos hemos ocupado en saber si seríamos federales o unitarios". Y, "como para ser unitarios o federales" era menester que los unos eliminasen a los otros, "era necesario que los unos matasen a los otros, los persiguiesen o expatriasen, en lugar de doblar el país han disminuido la población; en lugar de adelantar en saber, se ha tenido cuidado de perseguir a los más instruidos". En el fondo, continúa, la Revolución de Independencia estaba animada por "el incurable deseo de aprovechar una ocasión propicia para substituir la administración peninsular por una administración local". O, en otras palabras: substituir la dictadura española por una dictadura hispanoamericana.

### *La herencia hispana*

EL origen, la causa, de todos esos males era, para estos hombres, como ya se anticipó, España. El maestro venezolano Andrés Bello decía: "Arrancamos el cetro al monarca, pero no al espíritu español: nuestros congresos obedecieron, sin sentirlo, a inspiraciones góticas... hasta nuestros guerreros, adheridos a un fuero especial que está en pugna con el principio de la igualdad ante la ley, revelan el dominio de las ideas de esa misma España cuyas banderas hollaron". Y el chileno José Victorino Lastarria decía: "Apenas terminada la Revolución de Independencia, cuando naturalmente, por un efecto de las leyes de la sociedad, comenzó a abrirse paso la reacción del espíritu colonial y de los intereses que esa revolución había humillado. Los capitanes que la habían servido llevaban ese espíritu en su educación y en sus instintos". El argentino Sarmiento, con su acostumbrada violencia exclamaba: "¡No os riáis pueblos hispanoamericanos, al ver tanta degradación! ¡Mirad que sois españoles y la Inquisición educó así a España! ¡Esta enfermedad la

traemos en la sangre!'. Esteban Echeverría, uno de los opositores de la dictadura de Rosas, decía: 'La generación americana lleva inoculados en su ser los hábitos y tendencias de otra generación. En su frente se nota, si no el abatimiento del esclavo, las cicatrices recientes de la pasada esclavitud... Su cuerpo se ha emancipado, pero su inteligencia no'. Hispanoamérica independiente sostiene aún, 'en signo de vasallaje, los cabos del ropaje imperial de lo que fue su Señora, y se adorna con sus apollilladas libreas'. Ya 'los brazos de España no nos oprimen, pero sus tradiciones nos abruman'. 'La revolución marcha, pero con grillos'.

¿Cuál era esta herencia? ¿Cuáles los hábitos y costumbres que daban origen a todos esos males que pesaban sobre los hispanoamericanos? Don José María Luis Mora, en México, hablaba de algunos de estos hábitos. Dentro de éstos se destaca el llamado *espíritu de cuerpo*. Este espíritu, decía, "debilita notablemente o destruye el espíritu nacional". "En el estado civil de la antigua España había una tendencia marcada a crear corporaciones, y a acumular sobre ellas privilegios y exenciones de fuero común". Sólo en función de estos privilegios actuaban españoles e hispanoamericanos. El sentido de lo nacional no existía. Para estos hombres era más apreciable el título de oidor, o cualquier otro, que el de mexicano. Hablar a éstos de intereses nacionales habría sido algo inútil, no podían conocer otros que los del cuerpo al cual pertenecían. "Si entonces —dice Mora— se hubiera reunido un Congreso ¿quién duda que los diputados habrían sido nombrados por los *cuerpos* y no por las juntas electorales; que cada uno de ellos se habría considerado como representante de ellos y no de la nación, y que habría habido cien mil disputas sobre fueros, privilegios, etc... y nadie se habría ocupado de lo que podía interesar a la masa?". "El *cuerpo* se cree ofendido y deshonrado cuando uno de sus miembros aparece delincuente, y de aquí el empeño en ocultar su delito, o salvar al reo, en substraerlo de las manos de la autoridad o impedir su castigo". Pero que no suceda lo contrario, que no falte este miembro a las obligaciones que tiene con su clase o cuerpo, porque entonces "aunque éstas no interesen poco ni mucho a la sociedad, se levanta una polvareda, que muchas veces la autoridad pública no puede disipar".

Sarmiento, hablando de la inteligencia heredada por los hispanoamericanos, decía: si hemos de aceptar que "un músculo no usado por siglos... queda atrofiado por falta de uso", si hemos de aceptar que la inteligencia al ejercitarse agranda el cerebro, "es de creerse que el del español no haya crecido más que en el

siglo xiv, antes de que comenzase la Inquisición". El español ha perdido el hábito de ejercitar el cerebro, de aquí que la democracia y la libertad que ésta supone sean imposibles en Hispanoamérica. "Un español, o un americano del xvi, debió decir: existo, luego no pienso". Pues que no viviera si hubiera tenido la desgracia de pensar por cuenta propia. Con Castilla y Aragón triunfaron los bárbaros, pues sólo un pueblo bárbaro pudo pensar en imponer las creencias mediante el fuego. Tal es la mentalidad heredada por Hispanoamérica; tal es la enfermedad que traemos en la sangre. "El terror está en nosotros", concluía Sarmiento. Y Juan Bautista Alberdi, otro de los grandes pensadores argentinos, decía refiriéndose al dictador Rosas: muchos pueblos de Hispanoamérica tendrán sus respectivos Rosas, no en vano se llama a Rosas "hombre de América". "Lo es en verdad, porque es un tipo político, que se hará ver al derredor de América, como producto lógico de lo que en Buenos Aires lo produjo y existe en los Estados hermanos". Es herencia de lo que España hizo en la Colonia. "En todas partes el naranjo llegando a cierta edad, da naranjas. Donde haya repúblicas españolas, formadas de antiguas colonias, habrá dictadores".

"Nuestro pasado —decía Bilbao— es la España. La España de la Edad Media". Los hispanoamericanos han heredado el catolicismo que glorifica la esclavitud. "Una montaña de nieve sobre el fuego de la dignidad individual". Nosotros "salimos de la Edad Media de España". "Esclavitud, degradación... he aquí el pasado". Y José Victorino Lastarria decía refiriéndose a la colonización: "Los españoles conquistaron la América, empapando en sangre su suelo, no para colonizarla, sino para apoderarse de los metales preciosos que tan abundantemente producía". Y cuando la quiso colonizar, transplantó "todos los vicios de su absurdo sistema de gobierno, vicios que se multiplicaron infinitamente por causas que tenían su origen en el sistema mismo". A estos vicios se unió el desprecio del insular por el dueño de la tierra americana y por el mestizo. Ser mestizo era el mayor baldón. "El mestizo llevaba en su frente la marca de la degradación y de la infamia, su nacimiento le condenaba a la desgracia de ser el paria de la sociedad. Su condición era mil veces peor que la del indígena". Éste, junto con el indígena, tuvo que soportar los trabajos más rudos. Trabajo del cual se apartaban españoles y criollos. El trabajo fue visto como pena, como castigo, como algo degradante, digno de indios y de mestizos. Ésta es "la causa que ha perpetuado entre nosotros la costumbre inmoral y perniciosa de despreciar a todos los que se consagran a las labores

de la industria''. De aquí se deriva también todo el burocratismo, la empleomanía, el deseo de vivir con puestos oficiales. El colono, fue educado para la servidumbre, "y para no desear ni conocer siquiera una condición mejor que aquella a que estaba sometido''. Las leyes y costumbres conspiraron para ocultarle su importancia moral y destruir su individualidad. "El colono, en fin, no tenía conciencia de sí mismo, y todo él, su vida y sus intereses, estaban absorbidos en el poder real y teocrático, del cual dependían íntegramente''. Tal era, en resumen, la herencia de España en América: despotismo o anarquía.

Pero los hispanoamericanos aspiran a algo completamente distinto, tan distinto que resulta contradictorio. Sienten como dos fuerzas en disputa que les desgarran el alma. Se trata de una disputa en la cual sólo una de estas fuerzas puede prevalecer. Francisco Bilbao las expresa bajo el nombre de catolicismo y republicanism, religión y política. Por lo general, dice Bilbao, la religión sostiene a la política y la política sostiene a la religión. Ésta es la base de la paz perpetua. Pero cuando no sucede así, "cuando la religión niega a la política y ésta a la religión, los polos del universo moral se trastornan. Tal sucede en Hispanoamérica. El Catolicismo, como religión, niega a la República como política. El primero niega el principio fundamental de la República: la soberanía del Pueblo y la soberanía de la razón del individuo''. En cuanto al republicanism, éste "niega el dogma que le impone la obediencia ciega''. "Éste es el dualismo de la América del Sur, el cual nos llevará a la muerte, si no hacemos triunfar una de las dos proposiciones''. No es posible ningún acuerdo, sólo cabe la elección: "O el Catolicismo triunfa y la Monarquía y la Teocracia se enseñorean de la América... o el Republicanism triunfa enseñoreando en la conciencia de todo hombre la razón libre y la religión de la ley''. ¡Monarquía feudal o República liberal! La única política digna del Catolicismo es el absolutismo, la única religión digna del republicanism es el racionalismo. Es menester elegir. Y agrega Bilbao aludiendo a los modelos de estas dos fuerzas en pugna: "Para fortificar la América sería necesario o el predominio absoluto del Catolicismo con todas sus consecuencias como es Roma, o el predominio de la libertad como son los Estados Unidos''. Ser como Roma, o ser como los Estados Unidos, tal es la disyuntiva.

Ahora bien, si Hispanoamérica está dispuesta a estar formada por pueblos plenamente libres, dueños de todos sus derechos, si está dispuesta a ser demócrata, republicana y liberal, entonces tendrá que **renunciar a esa** herencia española, tendrá que dejar de ser

hispana en todos sus aspectos. Se vuelve a repetir, no hay disyuntiva para los hombres que quieren reformar a nuestra América. La civilización que nos legó España, dice Lastarria, “debe reformarse plenamente porque ella es el extremo opuesto de la democracia que nos hemos planteado”. “La emancipación social americana —dice Esteban Echeverría— sólo podrá conseguirse repudiando la herencia que nos dejó España”. “Es preciso —decía Mora—, para la estabilidad de una reforma, que sea gradual y caracterizada por *revoluciones mentales*, que se extiendan a la sociedad y modifiquen no sólo las opiniones de determinadas personas, sino las de toda la masa del pueblo”. En otras palabras, era menester cambiar los hábitos y costumbres que de España habían sido heredadas.

#### *Norteamérica e Hispanoamérica*

LA emancipación mental, he aquí un problema que sólo a los hispanoamericanos se les podía plantear. A los norteamericanos jamás se les había planteado este problema. En Hispanoamérica la emancipación política había resultado inútil, necesitaba ser completada por un repudio total de todo lo que de España quedase. “Nuestra revolución —decía Echeverría—, a causa del encadenamiento fatal de los sucesos de la época, empezó por donde debía acabar, y ha marchado en sentido inverso de las revoluciones de otros países. Ved si no a los Estados Unidos: al desplomarse el poder colonial, la democracia aparece organizada y bella, radiante de inteligencia y juventud brota de la cabeza del pueblo, como Minerva de la frente de Júpiter”. A Norteamérica le bastó emanciparse políticamente, no tuvo necesidad de renunciar a los hábitos y costumbres heredados de la Metrópoli. Todo lo contrario, fueron estos hábitos y estas costumbres heredadas de Inglaterra los que originaron su protesta y su afán de ser plenamente independientes. En cambio los hispanoamericanos consideran necesario emanciparse hasta de la literatura, tal como se lo plantea el romanticismo chileno y argentino. “Cuando los Estados Unidos —decía Lastarria— se emanciparon políticamente, no se emanciparon de la literatura inglesa, y ésta pudo servirles y les sirvió, en efecto, para su nueva situación, porque continuaron siendo británicos sus sentimientos y sus ideas, sus intereses y sus necesidades sociales, con la sola diferencia de que su sociabilidad debía ser mejor servida por la nueva organización republicana, y podía serlo porque ésta no era una novedad violenta, sino un progreso, un desarrollo natural”. Así, en Norteamérica la

independencia no fue sino el resultado de algo natural, tan natural como lo era la democracia y el liberalismo. Lo natural en Hispanoamérica fue todo lo contrario: el despotismo.

El mal está en la raza, van a concluir trágicamente estos hombres. En un pueblo se es naturalmente libre y en otro se es naturalmente esclavo. Unos heredan los bienes, el progreso, y otros el retroceso. Unos son hijos de la Modernidad y otros de la Edad Media. Los sajones son la encarnación de la primera, los hispanos de la segunda. Los hispanoamericanos ahondan en esta meditación para concluir en forma negativa por lo que se refiere a su propio ser. La idea, cada vez más fija, de dos Américas antitéticas se prende en sus mentes. En esta idea toca a nuestra América ser la expresión de todas las negaciones: "La libertad de pensar, como derecho ingénito, como derecho de los derechos —dice Bilbao—, caracteriza el origen y desarrollo de la Sociedad de los Estados Unidos. La libertad de pensar *sometida*, la investigación libre *limitada* a las cosas exteriores, a la política, administración, etc... fue la *mutitada* proclamada por los revolucionarios del Sur". ¿Por qué?, se pregunta, porque el Norte era protestante y el Sur católico. Es decir, el uno no recibía dogmas, sino practicaba el "libre examen"; el otro no hace sino acatar los dogmas que se le entregan. "De su soberanía conquistada en el dogma nace —en el Norte— su soberanía en la política". "El que es libre en la aceptación del dogma, tiene que ser libre en la formación de la ley. El despotismo es imposible". "En el Norte —dice Lastarria— el pueblo era soberano de hecho y de derecho, y daba la ley y administraba todos sus intereses por medio de sus representantes. En la América española no existía el pueblo, la sociedad estaba anulada y no vivía más que para la gloria y provecho de su soberano, de un señor absoluto y natural". Lo que en el Norte era natural, el Sur tenía que ganarlo a fuerza de enormes sacrificios.

Y Juan Bautista Alberdi decía al respecto, pero ampliando el aspecto negativo a todo lo latino: "En las sociedades de origen greco-romano, en ambos mundos, los individuos, más bien que libres, son los siervos de la Patria". En estos pueblos no se entiende a la libertad de la Patria como la libertad de sus individuos. "La Patria es libre, en cuanto no depende del extranjero; pero el individuo carece de libertad en cuanto depende del Estado de un modo omnímodo y absoluto". En cambio —compara— en Norteamérica "los derechos del hombre equilibran allí en su valor a los derechos de la Patria, y si el Estado fue libre del extranjero, los individuos no lo fueron menos respecto del Estado". De aquí ha surgido ese

gran mal de nuestros pueblos: "Esperarlo todo del Estado". Porque el hombre que no sabe alcanzar su bienestar sirviéndose de sus propias fuerzas, tampoco será capaz de alcanzar su libertad. "Si más de un joven —agregaba Alberdi— en vez de disputarse el honor de recibir un salario como empleado o agente o sirviente asalariado del Estado, prefiriese el de quedar señor de sí mismo en el gobierno de su granja o propiedad rural, la Patria quedaría desde entonces colocada en el camino de su grandeza, de su libertad y de su progreso verdadero". El progreso tiene como resorte la independencia del individuo. "A la libertad del individuo... debieron los pueblos del Norte la opulencia que les distingue". La verdadera grandeza tiene su origen en el egoísmo. Esto son los Estados Unidos, un pueblo de hombres egoístas que anhelaron siempre su propio bienestar. En ellos la Patria no es sino el símbolo del propio bienestar personal. La Patria es aquello que su bienestar exige. Y en la medida en que éste se logra la Patria va creciendo en poder y riqueza. El norteamericano al hacer su propia grandeza hace la de su país. "Nosotros no, queremos que el Estado nos haga todo, de donde resulta nuestra esclavitud". Los americanos del Norte no cantan a la libertad pero la practican en silencio. La libertad para ellos no es una deidad, es una herramienta ordinaria, como la barreta o el martillo. Washington y sus contemporáneos lucharon más por sus derechos individuales, por sus libertades, que por la simple independencia de su país. Así, al obtener los unos obtuvieron la otra. Y esto también a diferencia de los hispanoamericanos, que obtuvieron la independencia política, pero no la libertad individual.

Y don Simón Rodríguez, maestro del libertador Bolívar, decía: "En los Estados Unidos los empleos son casi concejiles —se toman como una carga— y los que los solicitan buscan un medio de hacer brillar su patriotismo, y... los conocimientos son los que los sostienen. Entre los hijos de españoles se busca el empleo por el título o renta, como lo venían haciendo sus padres: allá quieren *servir*, acá *representar*". "En los Estados Unidos, el presidente, el ministro y todos los magistrados se llaman por sus nombres... entre nosotros se renuncia al nombre por el título: el señor Ministro, el señor Tesorero, el señor Portero". En el Norte, "cada individuo cuando habla sin afectación dice *yo*; en la América del Sur, al más estudiado se le va la lengua y dice *mi amo*". "La Civilización Yanqui —dice Sarmiento— fue la obra del arado y de la cartilla; a la Sudamericana la destruyeron la cruz y la espada. Allí se aprendió a trabajar y a leer, aquí a holgar y rezar. Allá la raza conquistadora introdujo

la virtud del trabajo; aquí se limitó a vegetar en la burocracia y el parasitismo”.

Como se ve, los hispanoamericanos, presos ya de un hondo sentido de inferioridad, no tienen otro camino que la renuncia a esa realidad que les era propia. Era menester que se arrancasen lo hispanoamericano, que dejaran de ser ya tales. ¿Para qué? Oigamos a Sarmiento, el hombre que con más violencia trató de realizarlo: “Reconozcamos —dice con gran pesimismo— el árbol por sus frutos: son malos, amargos a veces, escasos siempre. La América del Sur se queda atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en su marcha; que es lo que en definitiva proponen algunos. Alcance-mos a los Estados Unidos. Seamos la América como el mar es el océano. Seamos Estados Unidos. ¡Llamaos los Estados Unidos de la América del Sud, y el sentimiento de la dignidad humana y una noble emulación conspirarán en no hacer un baldón del nombre a que se asocian ideas grandes!”.

En cuanto a México, el país que había sufrido el impacto norteamericano en la más dolorosa de las experiencias, reacciona también en forma emulativa. A la admiración, que no desaparece, a pesar de todo, se une el temor. Justo Sierra, muchos años después de esta experiencia, decía: “Necesitamos colonización, brazos que exploten nuestra riqueza. Es menester pasar de la era *militar* a la era *industrial*. Y es menester pasar aceleradamente, porque el gigante que crece a nuestro lado y que cada vez se aproxima más a nosotros, a consecuencia del auge fabril y agrícola de sus estados fronterizos y al incremento de sus vías férreas, tenderá a absorbernos y a disolvernos si nos encontramos débiles”. En 1879, algunos años antes de que Sierra hubiese estampado estas palabras en su *Evolución política del pueblo mexicano*, había expresado en un diario el mismo temor. La inmensidad del territorio —aún inmenso para nosotros—, la falta de comunicaciones y la falta de unidad “hace de la nación mexicana uno de los organismos más débiles, más inermes, de los que viven dentro de la órbita de la civilización”. México se va destruyendo a sí mismo, mientras “junto a nosotros vive un maravilloso animal colectivo, para cuyo enorme intestino no hay alimentación suficiente, armado para devorar, mientras nosotros cada día ganamos en aptitud para ser devorados”. Frente a ese coloso estamos expuestos “a ser una prueba de la teoría de Darwin, y en la lucha por la existencia, tenemos contra nosotros todas las probabilidades”.

La derrota del 47 había sido la natural consecuencia de esa debilidad interna de los mexicanos. O más ampliamente, consecuencia



de la debilidad de la raza hispánica, de la raza latina. Para evitar otra derrota era menester que México fuese tan fuerte como los Estados Unidos. Ahora bien, ¿cómo iba a realizarse esto? Don Telésforo García se preguntaba en el mismo periódico de Sierra: “¿Cómo vamos a regenerarnos si incrementamos los defectos de nuestra raza, los defectos del genio latino, haciéndolo desbordarse en vez de ponerle un dique? Los latinos tenemos un espíritu soñador, eminentemente místico, de donde resulta absurdo que en vez de disciplinar el entendimiento con métodos científicos muy severos se halaguen los sueños y la fantasía. Necesitamos ser eminentemente *prácticos*, experimentalistas e investigadores”. Era menester ser *positivistas*. Esto eran los grandes pueblos sajones, Inglaterra y los Estados Unidos. En estos países, decía otro de los redactores del mismo periódico, “está más segura la libertad y mejor garantizado el derecho”. Tal es lo que pretendieron ser, no sólo México sino la mayor parte de los países hispanoamericanos. Trataron de ser semejantes al modelo, a los Estados Unidos. Por todos los medios a su alcance trataron de arrancarse lo que de hispanoamericanos tenían. Algunos países, como la Argentina, casi lo lograron; pero la mayoría siguió inútilmente luchando contra su realidad. Siguieron siendo lo que querían evitar: soñadores, idealistas, esto es, ajenos a su realidad. El positivismo como doctrina educativa prendió en todos estos países. Pero tal cosa no dio lugar a hombres prácticos, semejantes a los sajones. La industrialización, las riquezas naturales, no fueron explotadas por sus manos, todo esto quedó en manos extranjeras. Sólo surgieron oligarquías o nuevas dictaduras. Sólo que ahora hablaban del progreso y de la ciencia. Hispanoamérica siguió siendo hispanoamericana.

#### *Lo positivo en Hispanoamérica*

**P**ERO ¿estaba o está todo perdido? ¿Estamos condenados, a pesar de todos los esfuerzos, a no ser sino todo aquel conjunto de negaciones que vieron nuestros aún próximos antepasados? ¿Toda nuestra herencia era mala? ¿Todo lo hispánico era malo? ¿Lo era esa herencia latina? Y nuestro mestizaje, el peor de los males para varios hispanoamericanos, ¿era en verdad algo negativo? Sarmiento y otros, al mal de ser descendientes de españoles sumaban el mal de haberse éstos mezclado con razas inferiores. No, muchos de estos hombres verían que no todo era negativo. Ya el mismo hecho, la crítica, esto es, la dura autocrítica a que Hispanoamérica se sometía, mostraba que no todo era malo. El afán de mejoramiento,

a pesar de todas las imposibilidades, mostraba que había algo positivo. En cuanto a España, la España a la cual se quería renunciar definitivamente, tampoco era pura negación. Mucho había y hay de ella que puede ser potenciado. España no es sólo la Inquisición, ni toda España está simbolizada en Felipe II, Fernando VII o Francisco Franco. Había y hay otra España, lo que se ha llamado la España blanca, en lucha también, como nosotros, contra la España negra. La España de Vitoria y Luis Vives; la España de Prim y la España del destierro o las cárceles de la España despótica.

De esta España amante de las libertades como los mejores hijos de Hispanoamérica hablaba Andrés Bello cuando se preguntaba cómo había sido posible la independencia hispanoamericana a pesar de ser los hispanoamericanos herederos de un pueblo en apariencia lleno de negaciones. “Jamás un pueblo profundamente envilecido —decía—, completamente anonadado, desnudo de todo sentimiento virtuoso, ha sido capaz de ejecutar los grandes hechos que ilustraron las campañas de los patriotas, los actos heroicos de abnegación, los sacrificios de todo género con que (varias naciones) americanas conquistaron su emancipación política”. Este espíritu de abnegación y de sacrificio fue heredado de España y fue este mismo espíritu el que venció a la propia España. “El que observa con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha con la metrópoli —agregaba—, reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer sobre ella es cabalmente el elemento ibérico. La nativa constancia española se ha estrellado contra sí misma en la ingénita constancia de los hijos de España”. El instinto, que no la conciencia de la Patria, llevó a los pechos americanos a realizar proezas semejantes a las que realizó el pueblo español en Numancia y Zaragoza. “Los capitanes y las legiones veteranas de la Iberia trasatlántica fueron vencidos y humillados por los caudillos y los ejércitos improvisados de otra Iberia joven que, adjurando en nombre, conservaba el aliento indomable de la antigua defensa de sus hogares”. Lo único ajeno en esta rebelión fue el llamado “espíritu republicano”. España no lo tenía. “Pero en el fondo de esas almas, había semillas de magnanimidad, de heroísmo, de altiva y generosa independencia... algo más había en esas cualidades que la estúpida insensatez de la esclavitud”. Las nuevas ideas, concluye, triunfarán, cuando sean adaptadas a la realidad hispanoamericana, “cuando se efectúe una penetración más íntima de la idea imitada, de la idea advenediza, en los duros y tenaces materiales ibéricos”.

Francisco Bilbao se hacía la misma pregunta. ¿Cómo, a pesar de todo, los hispanoamericanos alcanzamos la independencia política y luchamos por la libertad de pensamiento? Porque lo traíamos en la sangre, porque anhelábamos la libertad a pesar de todo. Y a continuación pasaba a hacer Bilbao un balance entre lo que Norteamérica ha mostrado ser y lo que Hispanoamérica es. ‘El libre pensamiento... la franquicia moral y la tierra abierta al emigrante —decía— han sido las causas de su engrandecimiento y de su gloria’. En los anales de la historia de Norteamérica, ése fue el momento heroico. ‘Todo creció: riqueza, población, poder y libertad. Despreciando tradiciones y sistemas y creando un espíritu devorador del tiempo y del espacio, han llegado a formar una nación, un genio particular’. Pero, agrega, ‘volviendo sobre sí mismos y contemplándose tan grandes, han caído en la tentación de los titanes, creyéndose ser los árbitros de la tierra y aun los contenedores del Olimpo’. Este pueblo, modelo de libertades, no actuó con otras razas y otros pueblos con el mismo espíritu. ‘No abolieron la esclavitud en sus Estados, no conservaron las razas heroicas de sus indios, ni se han constituido en campeones de la causa universal, sino del interés americano... del individualismo sajón’. Y después, agrega, ‘se han precipitado sobre el Sur’. Del Norte es menester que asimilemos lo positivo: ‘El Norte tiene la libertad’, el Sur la esclavitud teocrática. Sin embargo —dice—, ‘a pesar de eso, hubo palabras, hubo luz en las entrañas del dolor, y rompimos la piedra sepulcral y hundimos esos siglos en el sepulcro de los siglos que nos habían destinado’. Nosotros, a diferencia de los Estados Unidos, ‘en seguida hemos tenido que organizarlo todo. Hemos tenido que consagrar la soberanía del pueblo en las entrañas de la educación teocrática... Hemos hecho desaparecer la esclavitud de todas las repúblicas del Sur; nosotros los pobres, y vosotros los felices y los ricos no lo habéis hecho... Nosotros, hemos incorporado, e incorporamos a las razas primitivas... porque las creemos nuestra sangre y nuestra carne; y vosotros las extermináis jesuíticamente’. Nosotros, continúa Bilbao, ‘no vemos en la tierra, ni en los goces de la tierra el fin definitivo del hombre; el negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentran en nosotros el respeto que se debe al título y a la dignidad del ser humano’. ‘He aquí —concluye— lo que los republicanos de la América del Sur se atreven a colocar en la balanza, al lado del orgullo, de las riquezas y del poder de la América del Norte’.

Contra el “positivismo”, la “sajonización”, el “norteamericanismo”, y en defensa de la personalidad de Hispanoamérica se alzan, en ésta, varias voces. Tal es el *Ariel* de José Enrique Rodó. “Se imita —dice el pensador hispanoamericano— a aquel en cuya superioridad o cuyo prestigio se cree. Es así como la visión de una América *deslatinizada* por su propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y relegada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir... y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra nordomanía. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno”. Comprendo, continúa diciendo, que se aspire a reformar para acomodar a un pueblo a las nuevas circunstancias. “Pero no veo la gloria ni el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos —su genio *personal*— para imponerles la identificación con un modelo extraño al que... sacrifiquen la originalidad irremplazable de su espíritu... esto equivale... a la tentativa de incorporar, por simple agregado, una cosa muerta a un organismo vivo”. Y hablando del espíritu norteamericano dice: “Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer a una mediana concepción del destino humano... Huérfano de tradiciones muy hondas que le orienten, ese pueblo no ha sabido substituir la idealidad inspiradora del pasado con una alta y desinteresada concepción del porvenir. Vive para la realidad inmediata del presente, y por ello subordina toda su actividad al egoísmo del bienestar personal y colectivo... Aquella civilización puede abundar, o abunda... en sugerencias y en ejemplos fecundos; ella puede inspirar admiración, asombro, respeto; pero es difícil que cuando el viajero divise de alta mar su gigantesco símbolo, la Libertad... que yergue triunfalmente su antorcha sobre el puerto de Nueva York, se despierte en su ánimo la emoción profunda y religiosa con que el viajero antiguo debía ver surgir... el toque luminoso de la lanza de oro de la Atenea de la Acrópolis... Esperemos que el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy *voluntad* y *utilidad* solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad”.

En cuanto al mestizaje, al que algunos hispanoamericanos llegaron a considerar un mal después de leer algunos libros escritos por sajones, será visto como lo más positivo de nuestra realidad. Ya Justo Sierra hablaba con orgullo de los mestizos. Y José Vasconcelos hará del mismo el eje de su tesis más original, la *Raza cósmica*. “¡Cómo deben reír —dice Vasconcelos refiriéndose a los

norteamericanos— de nuestros desplantes y vanidades latinas estos fuertes constructores de imperios! Ellos no tienen en la mente el lastre ciceroniano de la fraseología, ni en la sangre los instintos contradictorios de la mezcla de razas disímiles; pero cometieron el pecado de destruir esas razas, en tanto que nosotros las asimilamos, y esto nos da derechos nuevos y esperanza de una misión sin precedente en la Historia”. En toda Hispanoamérica los libertadores se preocuparon por libertar por igual a indios, negros y blancos. “Se hizo en el bando latino lo que nadie pensó hacer en el Continente sajón. Allí siguió imperando la tesis contraria, y el propósito confesado o tácito de limpiar la tierra de indios, mongoles y negros para mayor gloria y ventura del blanco”. La universalidad en la cultura, éste será al final de cuentas el premio a los sacrificios de Hispanoamérica. No el triunfo material pero sí el espiritual. La misma actitud, la de potenciar lo hispanoamericano, asumen Antonio Caso y otros miembros de su generación. Su antipositivismo es afirmación de lo que ayer parecía puramente negativo. Frente a Norteamérica tiene juicios como éste: “Hay en el mundo —dice— quienes hacen cosas; pero sin grandeza moral; por eso han dominado y dominan todavía los Estados Unidos. Pero hay que pensar en que sobre todos los imperialismos han de flotar, tarde o temprano, el espíritu elevado y los altos ideales que llevan en su seno los pueblos latinoamericanos”.

### Conclusión

Así, frente a Norteamérica, la conciencia hispanoamericana ha venido tomando dos actitudes: una de *admiración* y otra de *rechazo*. ¿Contradicción? No. Es que Hispanoamérica ha sabido captar los dos espíritus que animan al gran país del norte. Dos espíritus que luchan entre sí como entre nosotros luchan esas dos Españas heredadas. Allá, en el Norte, existen dos Norteaméricas: por un lado está la Norteamérica de Washington que afirma los derechos del hombre; la de Lincoln que abolió la esclavitud; la de Roosevelt entendiendo la democracia en un sentido universal. Por el otro está la Norteamérica de las ambiciones territoriales, la del Destino Manifiesto, la de las discriminaciones raciales, la de los imperialismos. Frente a la primera, los defectos de Hispanoamérica se hicieron manifiestos; frente a la segunda sus cualidades. La primera simbolizó a las libertades que anhelaban los mejores hombres de Hispanoamérica; la segunda el materialismo egoísta con que se vistieron los viejos despotismos hispanoamericanos.

Ahora, la generación que recuerda este infausto proceso, consciente de esta dualidad, desea y aspira al triunfo de la primera Norteamérica, al triunfo de Ariel, que es el triunfo de las libertades; y a la derrota de Calibán, el materialismo egoísta y despótico. La derrota de la Norteamérica de los materialismos será también la derrota de la Hispanoamérica de los despotismos: ya que aquélla ha encontrado su mejor aliado en ésta y viceversa. Pero dejemos que los mejores hombres de Norteamérica hagan su parte, mientras nosotros hacemos la nuestra.